

NOTAS

Humboldt y Jefferson, encuentro transatlántico con España y América Latina al fondo

XOSÉ A. FRAGA VÁZQUEZ

Álbum da Ciencia, Consello da Cultura Galega (Santiago de Compostela)

“Mis pensamientos a menudo se dirigen a Monticello e imagino, bajo la sombra pacífica de una magnolia, al estadista que ha establecido la felicidad del mundo entero”. Así expresó Alexander von Humboldt a Thomas Jefferson la admiración que le profesaba en una carta enviada el 23 de setiembre de 1810 desde París. Jefferson se mostró menos expresivo en los escritos remitidos al científico prusiano, si bien lo trataba afectuosamente, desde el binomio con el que solía terminar algunas de las cartas que le dirigía: “amistad y respeto”.

Thomas Jefferson es una figura clave en el proceso de la independencia y construcción de los Estados Unidos. Su dimensión no se agota en el terreno político, pues fue un importante intelectual, científico, arquitecto, impulsor, entre otras iniciativas, de la Universidad de Virginia. Por otra parte, Alexander von Humboldt ocupa un lugar de privilegio en la historia por su exploración americana, numerosas aportaciones científicas, la defensa de una visión global de la naturaleza y el esfuerzo por divulgar los conocimientos.

Sobre la relación que se desarrolló entre estas destacadas personalidades Sandra Rebeck ha publicado el libro *Humboldt and Jefferson. A Transatlantic Friendship of the Enlightenment* (University of Virginia Press, 2014, Charlottesville & London), un diálogo transatlántico que se mantuvo durante más de veinte años. Un recomendable texto, resultado de investigaciones realizadas por la autora en instituciones alemanas y norteamericanas, que permite adentrarse en la biografía de ambas figuras, analizar los puntos de coincidencia y de discrepancia y adjunta documentos cuya consulta será de sumo interés para que los lectores puedan comprender las claves de un importante diálogo. Y conocer las muchas luces de sus biografías y alguna sombra. En cualquier caso, constituye una excelente oportunidad para reflexionar sobre estas dos relevantes personajes y el contexto histórico en el que desarrollaron su relación.

Los estudios sobre Humboldt adquirieron en España un importante impulso desde 1999, a raíz de la celebración del segundo centenario del inicio de su viaje americano. Ese año organizamos un Coloquio monográfico (A Coruña), la Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas dedicó una sección de su VII Congreso (Pontevedra) a la labor del científico prusiano y en el Instituto de Historia (CSIC) Miguel Ángel Puig-Samper desarrolló una línea de investigación sobre la materia que dio diversos frutos en años sucesivos y en la que se integró y colaboró Sandra Rebock. El libro de ambos, *Sentir y medir. Alexander von Humboldt en España* (Doce Calles, 2007) refleja una parte significativa de los resultados alcanzados.

Humboldt inició su viaje al continente americano el 5 de junio de 1799. En cinco años recorrió un amplio territorio que pertenecía a la Corona española, los actuales países de Venezuela, Cuba, Colombia, Perú, Ecuador y México. Su labor fue inmensa, recogió e identificó plantas, observó constelaciones, midió altitudes y el magnetismo terrestre, cartografió territorios desconocidos, estudió la composición química de numerosas sustancias, investigó la electricidad animal y las estructuras geológicas, revisó las prospecciones mineras y relacionó los diversos componentes de la naturaleza. En el país azteca prestó especial atención a la minería, economía y política, si bien recogió amplia información científica gracias a la generosa colaboración de las autoridades y de algunos expertos locales. El 7 de marzo de 1804, a bordo de la fragata *La O*, se dirigió a La Habana, con la intención de regresar a Europa. Pero allí tomó contacto con el cónsul de Estados Unidos, Vincent F. Gray, quien observó que el prusiano disponía de documentos sobre Nueva España (México) y creyó que al Gobierno de su país le podría interesar obtener información de ese territorio.

El viaje de Humboldt por la nueva república americana, que duró cinco semanas, se inició en Filadelfia, a donde llegó el 24 de mayo acompañado de su ayudante, el botánico francés Aimé Bonpland, y su amigo personal Carlos Montúfar. Ese mismo día le escribió una carta a Jefferson, que el libro reseñado reproduce, en la que señalaba como objetivo del viaje a América: “My desire to be use to the physical sciences and to study mankind in its different states of barbarism and culture inspired me in 1799 to undertake, at my own expense, an expedition to the tropics”. Nos sorprende esa finalidad, “study mankind in its different states of barbarism and culture”, pues no aparecía en otras manifestaciones previas de Humboldt sobre el tema. En el Memorial y en la “Notice sur la vie littéraire de Mr. de Humboldt (sic)” presentados en la Corte española, y en el pasaporte facilitado por esta, se hacía mención al estudio de la composición del globo terráqueo, la influencia de la atmósfera sobre los seres vivos y las minas; tampoco coincide con su objetivo científico general, expresado en diversas ocasiones: “La observación de la armonía de plantas y animales en la creación”. Se podría tratar, pues, de un interés personal, oculto por cuestiones de oportunidad, y/o una formulación del siempre diplomático prusiano para complacer a su anfitrión.

En Filadelfia tomó contacto con la *American Philosophical Society* y conoció al interesante Valentín de Foronda (cónsul general de España). El 29 de mayo salió para Washington y el 31 ya se entrevistó con Albert Gallatin, Secretario del Tesoro, a quien facilitó planos y documentos de los territorios españoles fronterizos con EEUU, que el norteamericano copió. El día 5 de junio tuvo lugar el primero de los encuentros entre Jefferson y Humboldt. El prusiano y sus acompañantes marcharon de Washington el 13 de junio, el 15 llegaron a Filadelfia, donde pasaron 12 días. El 30 dejaron Estados Unidos en el barco *Favorite*, con el que llegarían a Burdeos el 3 de agosto.

Lamentablemente la documentación conservada relativa a esos encuentros es muy escasa. Humboldt acostumbraba a llevar un diario de sus actividades pero no lo hizo en su visita a EEUU. Por ello tiene especial valor la carta, reproducida en el libro, que Jefferson le dirigió a Humboldt el día 9 de junio. En ella le solicitaba información sobre una cuestión muy concreta y práctica, las características de la zona fronteriza de las posesiones españolas, específicamente el río que denomina “Mexicana or Sabine”, preguntando sobre la población y sus características (“white, red or black people?”) y las minas que pudieran existir.

En 1804 España tenía frontera con la república americana por el sur, Florida, y el suroeste, Nueva España (México), que ocupaba una extensión muy superior a la actual, pues una parte sustancial de su territorio fue conquistada por los vecinos del Norte después de obtener la independencia de España. Por otra parte, EEUU acababa de realizar una gran ampliación de sus fronteras en 1803 con lo que se denomina “purchase from France of the Lousiana”, la compra de la Luisiana a Francia. Una superficie que supera con mucho la del actual estado de Luisiana, pues llegaba desde el Golfo de México, Nueva Orleans, hasta Canadá, 2 millones de km². En ese contexto de una política de expansión territorial, a las pocas semanas de la adquisición el presidente Jefferson inició las gestiones para organizar una exploración de ese territorio y del situado al Oeste. La expedición, que pasó a la historia con el nombre de sus responsables, Lewis y Clarck (Meriwether Lewis y William Clarck), tenía un carácter científico, político y militar, se puso en marcha en 14 de mayo de 1804, pocos días antes de la llegada de Humboldt a los Estados Unidos. El contencioso con España tenía como precedente el período en que esta disponía de la soberanía de la Luisiana, entre 1763 y 1800. La nueva república pretendía acceder a la navegación por el Mississippi y al golfo de México, vía Nueva Orleans, que estaban bajo jurisdicción española.

La información que Humboldt pudo proporcionar sobre los territorios españoles con los que existían conflictos y sobre los que la nueva república había puesto sus ojos de cara a una futura anexión ha generado la lógica polémica, de la que Rebock se hace eco. Espía para unos, científico altruista para otros, el asunto es complejo. En todo caso, da la impresión que la generosidad con que fue tratado por las autoridades españolas y colegas mexicanos no fue totalmente correspondida. Por parte española

podríamos hablar de negligencia en la defensa de los intereses generales. Otras potencias europeas, absolutistas como Rusia y Portugal, o la liberal Gran Bretaña, prohibieron al científico prusiano realizar expediciones por sus territorios o le pusieron estrictas condiciones, temerosos del uso que pudiera hacer de la información recogida, que, como vemos, no sólo estaba destinada a incrementar el conocimiento científico.

Rebock detalla las relaciones posteriores al encuentro, epistolares, entre Jefferson y Humboldt. Observamos que el elemento en el que coinciden ambas personalidades es el su similar posición ideológica. Con el pensamiento ilustrado como referencia los dos se identificaron, de diferente manera, con los procesos revolucionarios (norteamericano y francés) que trajeron al mundo el dominio de la burguesía y el liberalismo como propuesta ideológica, política y económica. Las diferencias proceden, básicamente, de los distintos perfiles de los protagonistas. Humboldt era un científico y Jefferson un dirigente político. Ellos, y diversas circunstancias de sus biografías, también condicionaron sus contradicciones. Así, el liberal Humboldt, defensor de la revolución de 1789, viviría muchos años como chambelán del rey en el seno de la Corte prusiana, caracterizada por su política reaccionaria.

Los documentos reproducidos en el libro muestran que ambos personajes coincidían plenamente en la crítica al colonialismo europeo en América Latina y en la necesaria independencia de las metrópolis. Consideraban que el dominio extranjero, y en concreto el español, habían desarrollado un sistema corrupto, dominado por la intolerancia y fanatismo fomentados por el peso de la iglesia católica, generando una “degrading ignorance”, unas sociedades caracterizadas, en palabras de Jefferson, por “their profound ignorance & bigotry”. Precisamente, desde ese diagnóstico surgía una aguda preocupación, sobre todo expresada por el político norteamericano, quien, en pleno proceso independentista, se formulaba diversas preguntas sobre el futuro: “... are their chiefs sufficiently enlightened to form a wellguarded government, and their people to watch their chiefs? have they mind enough to place their domesticated Indians on a footing with the whites? (Monticello, 14 abril 1811). Jefferson consideraba que la mayor dificultad residiría en la creación de el nuevo poder ejecutivo de las naciones independientes, temiendo que terminarían en manos del despotismo militar local.

En ese punto diferenciaba las posibilidades futuras de México de las de otros países hispanos: “The vicinity of New Spain to the US and their consequent intercourse may furnish schools for the higher, and example for the lower classes of their citizens. And Mexico, where we learn from you that men of science are not wanting, may revolutionise itself under better auspices than the Southern provinces”. En todo caso, Jefferson insistía en que los nuevos gobiernos americanos, fuera cual fuera su tendencia, no deberían involucrarse en los problemas europeos. Con ello estaba avanzando una cuestión estratégica de la política exterior de EEUU en esa época, la que se formularía en tiempos de los presidentes John Quincy Adams y James Mon-

roe con la frase “América para los americanos”. Una expresión que para la clase dirigente norteamericana significaría que su país debía jugar un papel hegemónico en el continente americano, sustituyendo el viejo colonialismo europeo por el suyo, el norteamericano.

La crítica de nuestros personajes al colonialismo europeo, y en particular al español, así como las dudas sobre el establecimiento de sistemas democráticos estables en los nuevos países independientes, es lógica y resulta coherente para una mentalidad liberal, si bien resulta algo irritante el tono paternal, condescendiente y arrogante con que se sitúa a EEUU con relación al resto de los países americanos. Lo que ya no es tan asumible es el juego hipócrita de Jefferson y los dirigentes norteamericanos, que se lamentan de un sistema colonial y unas deficiencias sociales al mismo tiempo que buscaban desarrollar un nuevo colonialismo y aprovecharse de esas debilidades para su beneficio y hegemonía. De hecho, los dirigentes políticos norteamericanos, y entre ellos Jefferson, no dudaban del desplome del imperio español. Pero les preocupaban dos cuestiones, la primera, que ello ocurriera demasiado pronto, o sea, antes de que EEUU tuviera el suficiente desarrollo como para sacar beneficio. Y la segunda, en estrecha relación con la primera, que no se generara un único país independiente, más difícil de manejar y controlar para sus intereses. Y ello marcó su política sobre América por décadas.

En su paso por los dominios españoles de América Humboldt observó y lamentó el horror de la esclavitud y el maltrato a los pueblos indígenas. El científico prusiano siempre defendió la igualdad teórica y práctica de los seres humanos y calificó al esclavismo como “the greatest of all evils that afflict humanity”. Jefferson también aceptaba la unidad de los seres humanos, formulada en términos generales, pero su posición concreta sobre el tema y, sobre todo, su práctica personal y pública resultaron contradictorias con tal afirmación. De hecho, argumentó la inferioridad de negros: “blacks, wether originally a distinct race, or made distinct by time and circumstances, are inferior to the whites in the endowments both of body and mind”, llegando, como máximo, a defender posiciones paternalistas.

A finales del siglo XIX tuvo lugar, en la isla de Santo Domingo, la primera insurrección de esclavos negros del continente. La revolución haitiana puso en evidencia las contradicciones existentes entre el discurso ideológico general de los gobernantes norteamericanos y sus intereses concretos. La experiencia conllevaba enormes riesgos para los vecinos del Norte, pues suponía un ejemplo evidente para las amplias masas de esclavos negros norteamericanos. Jefferson se negó a aceptar la independencia de Haití (el 1 de enero de 1804) y, de hecho, los EEUU no la admitieron hasta 1862. En el tema se produjo una discrepancia entre Jefferson y Humboldt, quien, de todas formas, actuó discretamente y no publicó sus diferencias.

Pues bien, tras la rebelión de esclavos negros en EEUU, la Gabriel’s Rebellion, Jefferson propuso a James Monroe deportar a Santo Domingo esclavos y personas

libres negras. Argumentaba el traslado forzoso a tierras lejanas con consideraciones racistas, diciendo que estarían mejor donde los pueblos eran de su color, en climas que congeniaban con su “natural constitution”, etc. En esa línea, propuso al político Rufus King, mandar esclavos negros insurgentes a África, concretamente a Sierra Leona. Por otra parte, en 1804 no se opuso a la extensión de la esclavitud a los nuevos territorios incorporados a los EEUU. Ello en la esfera pública, en la privada Jefferson poseía más de seiscientos esclavos, permitió utilizar la violencia con ellos, el trabajo de niños de diez años y mantuvo durante décadas una relación oculta con una esclava negra, Sally Hemings, con la tuvo hijos, que vivieron siempre en la zona de los esclavos de Monticello. En este punto, pues, las diferencias entre Humboldt y Jefferson fueron notables. Al pensador prusiano el tema de la esclavitud lo amargaba y, además, rompía la idílica visión que mantenía sobre EEUU y cuestionaba la asociación que había hecho, por ejemplo en Cuba, entre la esclavitud y el sistema colonial europeo.

Sobre la población indígena también se manifestaron agudas divergencias. Humboldt mantuvo una inequívoca defensa de la igualdad de los indios con los blancos y Jefferson los diferenciaba de los negros, pues entendía que eran parecidos a los colonos. Pero como político, sólo contempló dos opciones para ellos, asimilación o destrucción. La asimilación significaba el abandono de sus costumbres y cultura y una integración en el modelo de la sociedad anglosajona norteamericana. Ahora bien, si las poblaciones indígenas (“unfortunate people”) se negaban a ese proceso o se enfrentaban a la ocupación de sus tierras, Jefferson defendió el exterminio o traslado a zonas lejanas. Fue el primer presidente que propuso la idea de un plan de eliminación india (Indian Removal) y su política condujo al genocidio cultural indígena.

Uno de los temas de común interés para Jefferson y Humboldt fue el del mundo natural y su estudio. Humboldt era un científico con un importante currículum y que acababa de dar un paso decisivo en el conocimiento de la naturaleza americana. Su visión global del mundo natural tenía su base conceptual en los principios del idealismo filosófico alemán. Autores como Johann Wolfgang von Goethe y Friedrich Schelling (y con él la Filosofía Natural alemana, *Naturphilosophie*), influyeron de forma decisiva en su metodología y concepciones, la de una naturaleza armónica en la que existe un vínculo espiritual en la totalidad dos fenómenos particulares, una unidad regida por reglas definitivas y coherentes; una conexión que se manifiesta en la presencia continuada de ciertas fuerzas. Jefferson no estaba ajeno al mundo de la ciencia, su libro *Notes on the State of Virginia* (1781-82) fue, de hecho, el primero sobre la Historia Natural de ese territorio. Asimismo, construyó en Monticello la primera estación de observación meteorológica de Virginia y mostró especial interés por la astronomía, botánica, horticultura, viticultura, etc.

Ambas figuras mantuvieron similar postura en la polémica sobre la inferioridad de las especies americanas. El importante naturalista Georges Louis Leclerc, conde de Buffon, afirmaba que poseían mayor tamaño en Europa los animales similares que

ocupaban el Viejo Continente y América. La teoría, que también afirmaba que los americanos nativos eran intelectualmente limitados y perezosos, contó con el apoyo de autores como Guillaume-Thomas Ranyal y Cornelius de Pauw, quienes fueron más lejos y afirmaron la inferioridad de los europeos, y descendientes, que se trasladaran a América. Jefferson fue el primero que en EEUU formuló una respuesta por escrito a las tesis de Buffon. En *Notes on the State of Virginia* aportó datos y discutió la supuesta inferioridad de los americanos.

La autora del libro que sirve de punto de partida para nuestros comentarios destaca que tanto Jefferson como Humboldt coincidieron en mostrar una recepción positiva de la obra de Bernhardus Varenius (1622-1650), considerado como fundador de la Geografía científica. Si para Jefferson la Geografía fue una disciplina importante, constituyó un elemento básico en la obra de Humboldt. En ese terreno, el prusiano también recibió la influencia directa de Karl Ludwig Willdenow y la indirecta de Immanuel Kant (1724-1804), por sus lecturas y por el contacto con Marcus Herz, discípulo de Kant. El filósofo impartió Geografía física en la Universidad de Königsberg y escribió *Physische Geographie*, en la que entendía la Geografía como ciencia de la relación hombre-naturaleza.

BIBLIOGRAFÍA

- FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, X. (2003) *El arquitecto norteamericano Thomas Jefferson (1743-1826) y su relación con España*. A Coruña, Universidade de A Coruña.
- FERNÁNDEZ PÉREZ, J. (2002) *El descubrimiento de la naturaleza. Humboldt*. Madrid, Nivola.
- PUIG-SAMPER, M.A. & REBOCK, S. (2007) *Sentir y medir. Alexander von Humboldt en España*. Madrid, Doce Calles.
- REBOCK, S. (2014) *Humboldt and Jefferson. A Transatlantic Friendship of the Enlightenment*. Charlottesville & London, University of Virginia Press.